

I

EL MUNDO DE MIS COMIENZOS

Cualquiera que haya estado en Roma conocerá, sin duda, la Piazza Barberini, esa gran plaza con una bella fuente en la que el tritón vacía la chorreante caracola desde la que cae el agua a varios codos de altura; quien no haya estado la conocerá, sin embargo, por el famoso grabado, aunque es una lástima que en este no aparezca la casa en la esquina de Via Felice, la alta casa esquinera en la que el agua corre por tres tuberías que hay en la pared hasta el gran depósito de piedra. Esta casa tiene para mí un interés muy especial, pues es allí donde nací. Si echo la vista atrás, a los primeros años de mi infancia, ¡qué torbellino de recuerdos!, no sé ni dónde empezar. Si recuerdo la totalidad del drama de mi vida, menos sé, todavía, cómo he de organizarlo, qué conviene dejar a un lado por secundario, y qué será suficiente, por sí solo, para dar una idea del cuadro. Lo que es interesante para mí, quizá no lo sea para un extraño. Quiero narrar con veracidad y naturalidad la gran aventura de mi vida, pero la vanidad también habrá de entrar en escena, ese vicio de la vanidad: ¡el deseo de complacer! Todo lo sucedido en el mundo de mi infancia brotó como una simple hierba para ir creciendo, como sucedía con el bíblico grano de mostaza, e ir haciéndose cada vez más alto,

acercándose cada vez más al cielo, hasta convertirse en un poderoso árbol en el que construyeron sus nidos mis pasiones.

Uno de mis primeros recuerdos me lleva a aquel lugar. Tenía unos seis años y estaba jugando al lado de la iglesia de los capuchinos junto a otros niños, todos más pequeños que yo; en la puerta de la iglesia había una crucecita de latón, aproximadamente en el centro de la puerta, tan alta que apenas llegaba a tocarla con la mano. Siempre que nuestras madres pasaban por allí con nosotros nos aupaban para que pudiéramos besar el sagrado símbolo. Una vez que estábamos jugando solos los niños, uno de los más pequeños preguntó por qué nunca venía el Niño Jesús a jugar con nosotros. Como yo era el más listo, le contesté que estaba en la cruz. Fuimos allá y aunque no había nadie que nos pudiera ayudar, intentamos besarla como nuestras madres nos habían enseñado; pero no alcanzábamos, así que nos subimos unos apoyados en los otros, pero en cuanto uno tenía los labios en posición para dar el beso, las fuerzas les abandonaban a los que estaban sujetándolo, y el que iba a dar el beso caía justo cuando su boca iba a tocar al invisible Niño Jesús. Mi madre acertó a pasar por allí en ese mismo instante, y al ver nuestro juego se detuvo, juntó las manos y exclamó: «¡Sois unos ángeles de Dios! ¡Y tú eres mi ángel particular!», y me dio un beso.

La oí repetir ante la vecina que yo era un ángel inocente, y me agradó mucho oírlo, lo que hizo disminuir mi inocencia: la simiente de la vanidad bebió en ese momento los primeros rayos de sol. La naturaleza me había concedido un temperamento dulce y piadoso, pero mi buena madre hizo que me fijara en él y me hizo ver mis virtudes innatas, aunque sin pensar en ningún momento que a la inocencia de los niños le sucede igual que al basilisco: si se ve a sí mismo, puede morir.

Fra Martino, un monje capuchino, era el confesor de mi madre, quien le contó lo piadoso que era su hijo; y que además me sabía estupendamente las oraciones, aunque no comprendiera nada de lo que decían. El monje me apreciaba mucho y me regaló una estampa de la Madonna que lloraba grandes lágrimas que, como lluvia, caían sobre las ardientes llamas del infierno, donde los condenados alargaban las manos para coger algo de aquel líquido que les refrescaría. También fue él quien me llevó una vez al claustro, una columnata en torno a un huertecito con dos cipreses y un naranjo, que me causó una profunda impresión. Uno junto al otro colgaban en el corredor abierto viejos cuadros con historias de mártires, que contemplé con la misma veneración con la que más tarde observaría las obras maestras de Rafael y Andrea del Sarto.

—¡Qué chico más listo! —dijo el monje—. Ahora te voy a enseñar los muertos.

Dicho esto, abrió una puertecita que daba a una galería, varios escalones más abajo del claustro; descendimos por ella y me vi rodeado entonces por calaveras y más calaveras, colocadas unas junto a otras ocupando las paredes y varias capillas. Había algunos nichos, y en ellos los esqueletos completos de los monjes más principales, envueltos en sus hábitos marrones, el cordón a la cintura y un breviario o una flor marchita entre las manos. Altares, candeleros y adornos estaban hechos con omóplatos y costillas; un bajo-relieve de osamentas humanas, estridente y de dudoso gusto, como la idea misma de aquella cripta. Me apreté contra el monje, que rezó una plegaria y me dijo:

—Aquí dormiré también yo un día. ¿Vendrás a visitarme?

No respondí, me limité a mirarlo espantado, y miré de nuevo a mi alrededor, aquella portentosa y fúnebre compo-

sición. Era una locura llevar a un niño como yo a un lugar como ese. Me sentí extrañamente conmovido por la impresión y no estuve tranquilo hasta que me encontré en la celda del monje, donde las deliciosas naranjas casi entraban por la ventana, y vi la multicolor pintura de la Madonna elevada por los ángeles hacia el brillante sol mientras miles de flores llenaban la tumba donde había descansado un momento antes.

Aquella primera visita al convento tuvo ocupada mi fantasía durante mucho tiempo, y permanece aún extrañamente viva. El monje me parecía una persona totalmente distinta a las demás que yo conocía; el que viviera junto a los muertos, que con sus hábitos marrones parecían casi iguales a él, las historias que sabía contar sobre santos y milagros asombrosos, así como la veneración que sentía mi madre por su santidad, me hicieron pensar que, a lo mejor, yo podría llegar ser como él.

Mi madre era viuda, lo único que tenía para vivir era lo que ganaba cosiendo y alquilando una habitación bastante grande en la que habíamos vivido nosotros antes: ahora ocupábamos la pequeña buhardilla mientras que un joven pintor, Federigo, estaba alojado en el salón, que era como llamábamos a aquella estancia. Era un joven alegre, procedente de un lugar muy lejano, tanto que allí no conocían a la Virgen María ni al Niño Jesús, según decía mi madre. Era de Dinamarca. En esos tiempos, yo era incapaz de entender que pudiera existir más de un idioma y, por tanto, cuando no me comprendía bien, creía que era sordo, así que gritaba las palabras con todas mis fuerzas y él se reía de mí. Me regalaba fruta y me dibujaba soldados, caballos y casas, de modo que enseguida nos hicimos amigos; yo le tenía mucho aprecio, y también mi madre solía decir que era una persona muy decente. Una tarde, en esos años, oí una conversación entre mi madre y Fra Martino, que me produjo

un sentimiento muy peculiar por el joven artista. Mi madre preguntó si era cierto que el extranjero estaba condenado al infierno para toda la eternidad.

—Porque a fin de cuentas, él, y la mayoría de los extranjeros —dijo mi madre— son gente muy decente, que nunca hacen mal a nadie. Son buenos con los pobres, pagan lo que deben sin discutir; hasta me da por pensar que no cometen los pecados que son tan corrientes entre nosotros.

—Sí —respondió Fra Martino—. En efecto. En su mayoría son personas muy decentes, pero has de saber cuál es el auténtico motivo de esa forma de ser. Mira: el demonio, que es muy sabio, sabe que los herejes le pertenecen, de manera que nunca los tienta; por eso son tan decentes y no les resulta difícil evitar el vicio. En cambio, un buen católico es hijo de Dios y, en consecuencia, el demonio se ve obligado a echar mano de todos sus recursos: nos tienta y nosotros, que somos débiles, caemos en sus redes. En cambio, un hereje, como te acabo de decir, no sufre tentaciones ni de la carne ni del demonio.

Mi madre no supo qué responder a estas palabras y se limitó a dejar escapar un profundo suspiro por el joven. Yo me eché a llorar, porque me daba una pena tremenda que tuviera que arder eternamente, él precisamente, con lo bueno que era y con los dibujos tan bonitos que me hacía.

Una tercera persona que desempeñó un papel de gran importancia durante mi infancia era el tío Peppo, habitualmente conocido como «Peppo el malo» o también «el rey de la escalinata de España»,¹ donde se instalaba todos

¹ Desde la Piazza di Spagna, una amplia escalinata de piedra sube hasta una zona con casas de cuatro pisos en lo alto del Monte Pincio, y a las calles de la zona; esta escalinata es un lugar de reunión preferido por los mendigos de Roma, y se llama «escalinata de España» por la plaza en la que comienza.

los días. Había nacido con las piernas inútiles, que llevaba cruzadas debajo del cuerpo, y desde su más tierna infancia adquirió una asombrosa agilidad para correr sobre las manos. En estas tenía una correa que sujetaba una tabla, y con ellas era capaz de correr casi tanto como cualquier otra persona sobre sus piernas sanas y fuertes. Como ya he dicho, todos los días se aposentaba en la escalinata española y, aunque no mendigaba propiamente hablando, gritaba *buon giorno* con una sonrisita maliciosa a todos los paseantes, incluso después de ponerse el sol. A mi madre no le gustaba demasiado, incluso se avergonzaba del parentesco que los unía, aunque, por mi bien, según solía decirme, procuraba conservar la relación. Peppo tenía su dinerito, por eso era conveniente ir a visitarlo, y si yo mantenía buenas relaciones con él, yo sería su único heredero, a menos que legara el dinero a la iglesia. Además, me tenía algo así como cariño, a su manera, aunque yo jamás me sentía a gusto en su presencia. Una vez fui testigo de una escena que me hizo temerle, como si lo que había visto reflejara lo que realmente había en su corazón. En uno de los escalones más bajos de la escalinata estaba sentado un anciano mendigo ciego que hacía tintinear una cajita de latón para que la gente le echara un *baiocco*. Algunas personas pasaron delante de mi tío sin que su servil sonrisa ni el blandir su sombrero tuvieran efecto alguno. Con su silencio, el ciego ganaba mucho más que él. Habían pasado ya tres personas, cuando llegó la cuarta y le arrojó un chelín. Peppo no pudo aguantar más, le vi reptar escaleras abajo como una culebra y golpear al ciego en el rostro, haciéndole perder dinero y bastón.

—¡Ladrón! —gritó mi tío—. ¡A mí me vas a robar tú! ¡Ni pensarlo! ¡Tiene un defectillo común y corriente y pretende quitarme el pan de la boca!

Yo no oí ni vi más, eché a correr asustado hacia mi casa con la folleta de vino que había salido a comprar.

En las grandes fiestas tenía que acompañar a mi madre a visitarlo, y en tales ocasiones llevábamos algún regalo, unas uvas o unos tomates, que eran su golosina favorita. Yo tenía que besarle la mano y llamarlo tío, y entonces Peppo reía de una forma muy extraña y me daba medio *baiocco*, aunque añadiendo la advertencia de que tenía que guardarlo y limitarme a mirarlo, en vez de gastármelo en pasteles, pues en cuanto me los comiera no me quedaría nada; en cambio, si guardaba la moneda, siempre tendría algo.

El lugar en que vivía mi tío era oscuro y feo; en una de las estancias no había ventanas y en la otra había una, pero muy arriba, en lo más alto de la pared, con los vidrios sucios y rotos. Tampoco había muebles, aparte de un cajón ancho y largo que utilizaba de cama, y dos barriles en los que guardaba sus ropas. Yo lloraba cada vez que tenía que entrar allí, y sabía perfectamente que, por mucho que mi madre intentara convencerme de que debía ser amable con él, lo cierto es que ella lo usaba como una especie de hombre del saco cuando se enfadaba conmigo, pues me amenazaba con mandarme a vivir con mi encantador tío, añadiendo que tendría que sentarme a su lado en la escalinata a cantar, y que así haría algo de provecho y me ganaría un *baiocco*. Naturalmente, yo sabía que jamás haría semejante maldad, pues yo era el niño de su corazón.

En casa del vecino había una pintura de la Madonna, que siempre tenía delante una lamparita encendida. Al atardecer, cuando las campanas llamaban al Avemaría, los hijos del vecino y yo nos instalábamos ante la pintura y cantábamos a la Madre de Dios y al precioso Niño Jesús, que estaban adornados con cintas, perlas y corazones de plata. A la oscilante luz de la lamparita, tuve muchas veces la sensa-

ción de que el Niño se movía y nos sonreía; yo cantaba en voz alta y clara, y decían que cantaba muy bien. En cierta ocasión, una familia de ingleses se detuvo a escuchar en silencio; y cuando nos pusimos en pie, el noble caballero me regaló un chelín de plata. Mi madre dijo que había sido por mi preciosa voz... pero ¡cuánto me perturbó aquel suceso! Cuando cantaba ante su imagen, ya no pensaba sólo en la Madonna, qué va, me fijaba en si alguien me escuchaba, y en lo bien que cantaba; pensando en esas cosas sentía enseguida una ardiente furia, me daba miedo que la Madonna se fuera a enfadar conmigo y, con toda mi inocencia, le suplicaba que cuidara del pobrecito de mí.

El canto vespertino era el único momento en que me reunía con los otros niños. Yo vivía tranquilo, totalmente sumergido en mi propio mundo de sueños, que yo mismo me había creado. Podía pasarme horas tumbado de espaldas y con el rostro hacia la ventana abierta, mirando el asombroso, precioso azul del cielo de Italia, el prodigioso juego de colores de la puesta del sol, cuando las nubes cuelgan como un crespón violáceo sobre la tierra dorada. Muchas veces deseé volar por encima del Quirinal y las casas hacia los altos pinos que se erguían como negras sombras en el horizonte, rojo como el fuego. Al otro lado de nuestra estancia, la vista era completamente distinta: allí estaban nuestro jardincito y el de los vecinos, espacios angostos entre las altas casas, casi cerrados arriba por los balcones de madera. En mitad de cada jardincito había un pozo, y el espacio que quedaba entre estos y las paredes de la casa apenas era suficiente para que pasara una persona. En realidad, lo único que podía ver desde arriba era los profundos pozos, cubiertos por completo por esas plantas tan delicadas que llamamos culantrillos; la parte más honda se perdía en la oscuridad. Era como si pudiera ver las profundidades de la

tierra, donde mi fantasía creaba las imágenes más extrañas. Mi madre puso en la ventana una rama para enseñarme los frutos que crecerían de ella, y para impedir que me cayera y me ahogara.

Pero más vale avanzar un poco hasta un suceso que habría podido poner fin al cuento de mi vida antes de llegar a su nudo.

II

VISITA A LAS CATACUMBAS. ME CONVIERTO EN NIÑO
DE CORO. EL PRECIOSO NIÑO DE LOS ANGELITOS.
EL IMPROVISADOR

Nuestro inquilino, el joven pintor, me llevaba a veces con él en sus paseos fuera de las puertas de la ciudad. Yo procuraba no molestarlo mientras hacía sus bocetos, pero cuando acababa lo entretenía con mis cotilleos, pues ya comprendía bien la lengua. Una vez estuve con él en la *Curia Hostilia*, en lo más profundo de las oscuras cuevas donde, en la antigüedad, guardaban las fieras salvajes para los juegos, en los que arrojaban inocentes prisioneros a hienas y leones. Los oscuros pasillos, el monje que nos guiaba y que una vez tras otra golpeaba la roja antorcha contra el muro, los profundos estanques de piedra llenos de agua clara como un espejo; más aún, tan clara, que se hacía preciso tocarla con la antorcha para convencerse de que llegaba hasta el mismo borde y no se trataba de un mero hueco vacío, como parecía en su inmensa transparencia. Todo espoleaba mi fantasía, y no sentía miedo porque no era consciente de peligro alguno.

—¿Vamos a las cuevas? —le pregunté al ver, al final de la calle, la parte superior del Coliseo.